



Miguel Quemada

QUIMERA

El viaje esperanzador de un paciente trasplantado



Quimera

**El viaje esperanzador de un
paciente trasplantado**

Miguel Quemada

Primera edición: mayo de 2025

© Copyright de la obra: Miguel Quemada

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 979-13-990030-2-4

Código ISBN digital: 979-13-990030-3-1

Depósito legal: B 6150-2025

Corrección: Juan Carlos Martín

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

Fotografía de portada: Quimera representada en un plato de la Apulia (Italia) del S. IV a.c. Colección Campana, Museo del Louvre, París. Fotografía adquirida por Miguel Quemada.

©Grupo Editorial Angels Fortune

www.angelsfortunedititions.com

info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

A Cécile

Prólogo

La conclusión era inapelable, si quería seguir con vida tendría que convertirme en una quimera. Me realizarían pruebas periódicas de quimerismo para asegurar la estabilidad del nuevo estado. Dubitativo, firmé el consentimiento, a pesar de estar advertido de que tendría que pasar por una dolorosa transformación.

Abandoné el despacho con paso incierto y mente intrigada. Tras darle muchas vueltas consulté en un diccionario el significado de la palabra «quimera» para averiguar cuál era el futuro que me esperaba. Llama la atención las acepciones tan diferentes que tiene, no todas las quimeras son iguales y cada una representa algo diferente.

Es un monstruo mitológico de orígenes muy antiguos, compuesto de la unión de varios animales. El mito clásico es un león al que le brota una cabeza de cabra en el lomo y otra de serpiente en la cola. Escupe fuego, y sus representaciones no muestran un animal hermoso o atractivo, sino más bien un monstruo terrible y poco

simpático, que arrasa la superficie terrestre cada vez que asciende desde su morada, en las entrañas de la tierra.

Las quimeras son también un producto de la imaginación. Pasiones que se anhelan o se persiguen, aunque no sean posibles. Siendo benévolos, podemos pensar que tienen un fondo positivo, ya que la mayoría de las quimeras son ensoñaciones de juventud que perseguimos de forma ingenua o bienintencionada, aunque no puedan hacerse realidad. En la misma palabra prevalece una connotación negativa. Al ser ilusiones inalcanzables pueden llevar a la frustración o al desprecio de metas más realistas que son abandonadas, alejando a quien busca las quimeras de un análisis racional de la existencia.

En biología la quimera es un ser vivo que resulta de la unión de células genéticamente distintas y procedentes de diferentes organismos. Antes eran inviables en los animales superiores, actualmente la medicina ha conseguido desarrollarlas mediante trasplantes y mantenerlas con vida a través de tratamientos. Una persona a la que se le ha trasplantado un órgano se convierte en una «quimera humana», ya que su organismo está compuesto por células

de composición genética diferente. Será una quimera hasta el final de su vida y, aunque surjan rechazos entre el cuerpo receptor y el órgano donado, pueden ser controlados médicamente para asegurar su convivencia.

Dentro de ese quimerismo hay un caso muy particular; el derivado de los trasplantes de médula ósea. Se llevan a cabo para curar enfermedades asociadas con la sangre o el sistema linfático. Al paciente se le mata su médula ósea disfuncional y se le injertan las células madre del donante, que darán lugar a una nueva médula. Esta arraiga en los huesos y comienza a producir una sangre que sustituye a la original, extendiéndose por todo el organismo. El paciente cambia de grupo sanguíneo y adquiere el del donante, convirtiéndose así en una quimera en la que conviven células con ambas composiciones genéticas. Se trata de un auténtico renacer, al que se llega después de un tratamiento traumático. El sentimiento de volver a nacer se refuerza durante la fase de recuperación, cuando, perdida la memoria del sistema inmune, es necesario repetir la vacunación infantil.

En mi caso, la donante fue mi hermana, por lo que la quimera en la que acepté convertirme da cobijo a mi nueva médula de composición cromosómica XX, y al resto de mis células, que son XY. La sangre generada por mi nueva médula también es XX, las pruebas periódicas de quimerismo que me realizan consisten en comprobar que mi sangre es femenina. Mientras que lo sea, el trasplante es estable, en el momento en el que aparezcan células masculinas, ingreso inmediato en el hospital.

Me enorgullece poder afirmar que ahora «llevo el feminismo en las venas». Sin embargo, esa idea de la «bestia quimérica» que representa la destrucción y las arcanas profundidades, me impone respeto y me resulta aterradora. Por eso escribo este libro, para poder descubrir en quién me he convertido y dar un sentido a esa quimera monstruosa que, a la vez, puede ser la ilusión de los sueños de juventud.

El robo de las perlas negras

Todo empezó con una llamada. Era sábado por la tarde y habían desaparecido unas joyas de la lujosa casa de una respetable familia madrileña, que se codeaba con la más alta alcurnia. La noche anterior se había celebrado una cena con seis comensales acompañando a los señores de la casa. Al igual que en otras ocasiones, después de cenar, los invitados pasaron al salón, donde tomaron una copa rodeados de algunas de las mejores obras de arte que poseía la familia. Al fondo de la estancia, ocupando toda la pared, colgaba un excelente cuadro de Tàpies; en los muros laterales, destacaban sendos grabados de Picasso y Miró, y, sobre un pilar separando las ventanas, dos pequeñas tablas al óleo flamencas, exquisitas, del Renacimiento temprano. En una de las esquinas, una urna de cristal albergaba una decena de perlas negras, grandes y lisas, que, colocadas sobre un cojín de terciopelo verde, podrían pasar

inadvertidas en una primera visita. Había otras muchas joyas valiosas de orfebrería expuestas sobre los anaqueles que rodeaban la habitación, pero las que habían sido robadas, después de romper la urna, eran las perlas negras.

Entre los invitados había estado el hijo de los propietarios acompañado de su nueva novia, una estadounidense de sonrisa calmada y mirada inteligente. Se habían conocido en una fiesta de la empresa americana en la que estaba trabajando y en la que ella realizaba una estancia profesional. Lo que al principio parecía un romance que iba a ser cosa de un par de semanas se había alargado ya más de seis meses, por lo que se animó a presentársela a sus padres. Ella era muy atractiva, alta como su novio y de complexión atlética, tenía un aire decidido que parecía querer esconder. Neoyorquina de origen, hablaba un español gramaticalmente perfecto con un ligero acento anglosajón, casi imperceptible.

Otro de los comensales era un empresario colombiano acompañado por su esposa, muy guapa y de la misma nacionalidad. Se dedicaba al comercio marítimo, aunque no

podría concretar mucho más sobre su trabajo, pese a que me proporcionó una descripción bastante detallada de lo que hacía. En resumen, se trataba de negocios de compraventa de mercancías variadas, y él se encargaba de mercadear con los barcos y los contenedores que transportaban. Un trabajo complejo y muy expuesto a las condiciones geopolíticas, según me explicó, que requería su dedicación plena, así como la de sus empleados y los colaboradores que tenía en una oficina suiza. Viajaba mucho, entre América y Europa sobre todo, por lo que había adquirido recientemente un piso en el barrio de Salamanca para tener un anclaje en Madrid. Utilizaba abundantes términos marineros en su vocabulario –«base de operaciones», «puertos de destino», «tripulación»– y, si alguna vez se le escapaba alguna palabra de la jerga propia de otros negocios como «trapichear» o «especular», se corregía inmediatamente sin darle ninguna importancia. Tenía planificado volar a Bogotá la noche del domingo, pero lo había aplazado a la semana siguiente, a petición de los policías encargados del caso.

Completaban la mesa un matrimonio de hombres en la cincuentena, bien conservados y de aspecto elegante. Eran amigos de los anfitriones desde hacía muchos años. Uno de ellos, el más joven de aspecto, trabajaba en el mundo de la moda, mientras que el otro, que lucía unas uñas impolutas, trabajaba en el mercado del arte. Poseían una galería cerca de Alonso Martínez, descendiendo hacia Chueca, en la que exponían obras de artistas contemporáneos nacionales e internacionales. El mayor iba vestido elegante, informal y se notaba que cuidaba mucho su aspecto físico. Era el que llevaba la voz cantante en la pareja, y me contó que los clientes que adquirían arte provenían sobre todo del barrio de Salamanca y de las casas particulares de las urbanizaciones residenciales del entorno de Madrid, como esta de La Moraleja, con cuyos dueños tenían relación desde hacía muchos años. La información sobre los clientes era estrictamente confidencial, solo podía decirme que vendían arte plástico, pintura y escultura principalmente. También distintos tipos de diseño y combinaciones que quedaban en una zona que podría calificarse como «indefinida». Su pareja tenía cara de

niño, hablaba poco y sonreía mucho. La primera vez que los entrevisté entraron juntos a mi despacho, y tuve que insistir en que quería hablar con ellos por separado.

De hecho, tras las pesquisas de la policía, me permitieron entrevistar a cada uno de los comensales. Obtuve declaraciones de todos ellos en los días posteriores al robo y, para bien o para mal, ya aparecieron algunas contradicciones en las que no me voy a entretener. Esa noche solo habían dormido en la casa los propietarios, casi todos los demás habían abandonado la vivienda cerca de la medianoche; un poco más tarde el hijo y su novia, que se habían quedado una media hora más hablando con los padres.

Las perlas las vi en una fotografía tomada en la misma peana donde habían estado expuestas hasta el momento del robo. Aunque grandes para su especie, eran fáciles de atrapar en un puño y esconderlas juntas o por separado para llevárselas. En el lugar del hurto quedaban restos de la urna de vidrio protectora, que habían roto con algún elemento punzante. Un butrón irregular permitía el paso de la mano a través del cristal y dejaba pocas dudas sobre el

método empleado. Quien lo había hecho no parecía ser un profesional, no obstante, era cuidadoso, y con la destreza suficiente. Quedaban restos de una masilla colocada para controlar la rotura del vidrio, que había sido bastante regular, excepto en la zona más cercana al salón, donde aparecían algunas imperfecciones en el agujero. No había dejado ninguna huella dactilar ni restos de los útiles empleados, únicamente un desliz que podría ser la pérdida del ladrón; una de las astillas de cristal le había arañado superficialmente, dejando un pequeño resto de algo que parecía ser sangre. La policía científica tomó una muestra que enviaron al laboratorio hematológico. En una semana tuvimos los resultados del análisis.

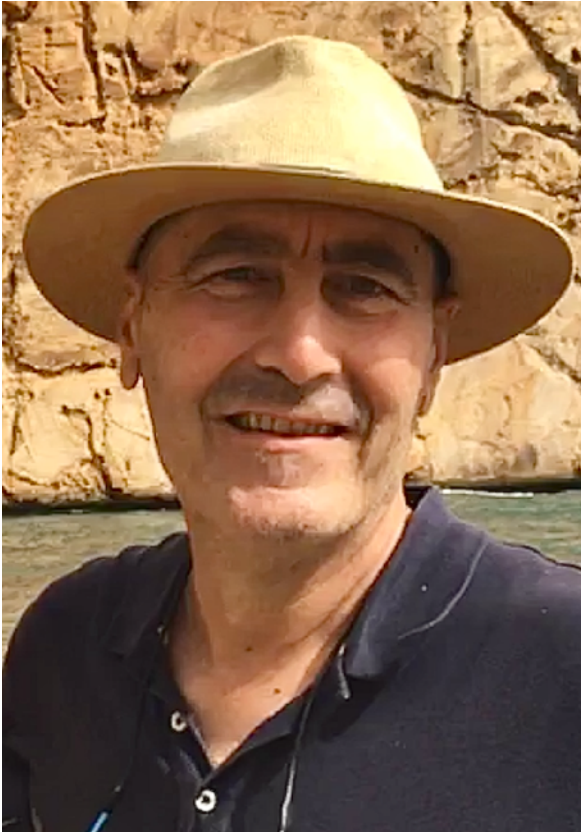
Una interpretación equivocada de las pruebas es el camino seguro hacia el error. La única vacuna disponible es la cautela. Desconfiar de las pruebas nos motiva a cotejarlas y complementarlas. Dudar de uno mismo nos aleja de la presunción y credulidad. Si hubiese seguido estas sencillas premisas seguiría trabajando como detective privado. Sin embargo, hay ocasiones en las que dejar que

los errores nos arrastren puede traer satisfacciones que quizá sabremos apreciar *a posteriori*.

La compañía de seguros me había contratado para encontrar al culpable. Me avisaron desde el principio de que las perlas estaban aseguradas solo por diez mil euros, una cantidad insignificante comparada con los diez millones que cubrían el resto de la colección. Debíamos dar un buen servicio, ya que se trataba de un cliente importante, aunque el robo en sí se consideraba menor. Aparte de mi interés pecuniario –cobro mejores honorarios cuando las piezas robadas son de alto valor–, me surgía la duda de por qué, habiendo otros objetos de mayor atractivo monetario, se habían llevado precisamente esas perlas negras. Había razones obvias: su tamaño las convertía en objetos fáciles de esconder y transportar, e incluso de vender con buenos contactos. Sin embargo, en la misma colección había otras piezas de oro, algunas con incrustaciones de diamantes, que estaban aseguradas por sumas mayores y que no habían sido sustraídas. Las tablas flamencas eran del tamaño de un ordenador portátil y, con una sencilla organización logística, podrían haberse robado sin muchas

complicaciones. Respecto al precio de venta, mejor no hacer estimaciones, seguro que la suma iría seguida de varios ceros. O mucho me equivocaba o antes de entrar, el ladrón tenía un objetivo concreto: las perlas negras.

Acerca del autor



Miguel Quemada (Logroño, 1964) es Catedrático de la Universidad Politécnica de Madrid, especializado en el desarrollo de sistemas agrarios sostenibles en las condiciones climáticas actuales y futuras.

Reconocido entre el 2 % de los investigadores más influyentes en la actualidad por la Universidad de Stanford, ha publicado un elevado número de artículos y libros científicos en inglés. Ninguno de ellos relacionado con esta primera novela del autor, fruto de un trasplante de médula

ósea, al que se vio sometido después de padecer una leucemia mieloide aguda.

Este libro ha sido escrito para mostrar su experiencia en el proceso de trasplante, y compartirla con lectores que pueden acercarse como pacientes, como familiares o amigos, como médicos o simplemente por curiosidad literaria.